

que lo mata en medio de una trágica carnicería. La Tragedia dentro de la Tragedia... Y para que sea mayor la perfección del crimen, el General Ballivián, por razones personales, encubre *oficialmente* al asesino anónimo, y establece el "hecho" de que el Mariscal había sido muerto en el campo de batalla y por soldados bolivianos. ¡El crimen perfecto!

Pero como el asesinato, aun sin tener lengua, habla con órganos maravillosos, según lo dijo Shakespeare, el crimen de Ingavi vino a saberse años más tarde cuando el asesino, en estado de agonía, se lo contó a don Manuel González Prada, padre de Alfredo.

Un crimen perfecto es un librito de grande interés para la historia, y es una obra de arte llena de matices, de exquisitez, de atinadas y penetrantes observaciones psicológicas, y de chispas de fina y discreta ironía. Al terminar su lectura, y al reseñarlo ahora, sentimos la necesidad de decirle al autor: ¿Por qué no escribe más y más, y le concede al público el dón de su cultura, su sentido crítico y su arte de contar y de interesar?

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington,
Seattle.

OTTO D'SOLA, *De la soledad y las visiones*.—Caracas, Editorial "Elite",
Publicaciones Viernes, 1941. 76 pp.

"Otto D'Sola, autor de este libro cuyo título *De la soledad y las visiones* evoca aquellos en que los místicos germanos —un Tauler, un Eckhart, un Ruysbrock— recogían su experiencia interna y una anhelante busca de Dios, es uno de esos jóvenes y muy escasos poetas que en los últimos años se han preocupado de que una poesía tan terrestre como la nuestra reciba la visita de los fantasmas. Y el combate de Otto D'Sola y de sus compañeros de generación con algunos contemporáneos incomprensivos se debe a que él es de los que oponen a la música externa y al verso demasiado redondo de nuestra vieja poesía un arte más subjetivo, íntimo y velado, envuelto en la niebla de los símbolos. Más que en el mundo exterior sus metáforas se elaboran y cristalizan en el sueño; quieren volar más que pesar". Así lo expresa Mariano Picón-Salas en su prólogo que precede a los hermosos poemas que integran este libro.

La poesía en Otto D'Sola no es un simple afán que busca la exteriorización, sino una actitud de recogimiento, en que se anhela llegar a la posesión del propio yo a través de una íntima, secreta, dramática, participación con sus propias vivencias. No es una fuga hacia sí mismo en busca del aislamiento; todo lo contrario, es un elevado propósito de integración de su sér, de integración mediante un profundo amor a lo

creado. El espíritu de este poeta, que no sólo sabe escucharse a sí mismo, sino que también sabe interrogarse, para enriquecerse y depurarse, se acerca a las cosas visibles e invisibles y con ellas establece un diálogo, cuyo verbo aparece misteriosa y esencialmente condicionado para darnos esos extraños significados que solamente entiende el corazón del hombre cuando se halla en su mayor proximidad.

Otto D'Sola posee un sentimiento mágico de la naturaleza y de la existencia. La magia de su poesía es vidente y sus visiones nunca se quedan en primeros planos, sino que pasan, traspasan y se alejan hacia profundas perspectivas, hacia serenas dimensiones en que se hacen visibles y descifrables muchos signos del misterio, de nuestro propio misterio.

Sin que Otto D'Sola se coloque premeditadamente en un plano filosófico, su poesía corresponde a una actitud existencial. Trata de alcanzar, mediante un hermético anhelo, el qué somos. De esta manera se acerca con recogimiento, fervor y misticismo a la vida, a las cosas, a la muerte, a Dios, y con profundos interrogantes penetra en los enigmas del sér.

Su voz flota definitivamente en el ámbito maravilloso, difícil e inefable de la poesía.

VICENTE GERBASI

EDUARDO CARRANZA, *Ellas, los días y las nubes*.—Bogotá, 1941.

En la poesía de Eduardo Carranza están siempre presentes aquellos elementos, extraños e inefables, que son el fondo mismo de la poesía, delgados elementos de éxtasis y fiebre, de encanto alucinado y sueño intangible, imprecisos elementos de emoción y belleza, de dulzura enamorada y clarividencia delirante, lugares que separan maravillosamente la apariencia de la realidad, puras formas que habitan el país de la fábula y, sin embargo, están tan cerca del mundo más íntimo, leves comarcas que se hallan entre lo visto y lo intuído, entre la palabra y la sugerencia, entre el sonido y la resonancia, regiones encantadas por donde bajan los más exactos ríos emotivos y espirituales.

La poesía de Eduardo Carranza está hecha, como la mañana, de claridad sin peso y movimiento, sin volumen; ella devuelve, eco apenas del universo, más leves y armoniosas, las voces inaudibles del subconsciente y del sentimiento; a veces se hace más sutil, más delgada su fina arquitectura y, vagando por asombrados mundos de la inteligencia, por los más recónditos paraísos de la imaginación, nos hace vislumbrar afinidades insospechadas, clarísimas analogías que permanecían ocultas. Se ha creído que, por instantes, la inteligencia de Eduardo Carranza juega a deslumbrar, se complace en simples malabarismos metafóricos o cae en